



EXTERIOR DEL GENERALIFE.

HISTORIA DE LOS AMULETOS.

La palabra *amuleto* sirve para designar los objetos que se llevan en el pecho, y á los cuales se atribuye la propiedad de librar á la persona que los lleva, bien sea de dolores ó enfermedades, bien de casos desgraciados. De la voz latina *amuleta*, originariamente *amoleta*, que Vossius hace derivar de *amoliri* (apartar, alejar), es de donde proviene la palabra amuleto.

Cuando una persona naturalmente crédula y supersticiosa se ha librado de un inminente peligro; cuando un dolor que padecía la misma ha desaparecido de repente, ó le ha acaecido algun feliz suceso que le saque del estado de miseria en que se hallaba, rara vez atribuirá su espíritu estos cambios á su verdadera causa. En lugar de ver en ellos el resultado del encadenamiento de circunstancias, el concurso de acontecimientos producidos por la naturaleza de anteriores sucesos, una reaccion verificada en la economía en virtud de leyes fisiológicas, creará, por el contrario, que son consecuencias debidas á causas enteramente estrañas, y atribuirá la producción de estas vicisitudes, á las cuales da su mismo carácter imprevisto cierta apariencia milagrosa, á un objeto que en el fondo es completamente indiferente. Cuando se mezclan creencias religiosas, las preocupaciones suelen ser mas arraigadas y mas peligrosas; como que la ignorancia de las causas reales es profunda, y la imaginación pobre de los supersticiosos no alcanza la razon de las cosas, los errores son mas funestos. La creencia en la virtud de los amuletos es una supersticion grosera, fruto de la ignorancia de las causas reales, y cuya persistencia es debida á las casualidades que algunas veces parecen confirmar la eficacia de su destino.

El Oriente es la patria de los amuletos; lo mismo que de la mayor parte de las creencias que mas fuertemente han dominado al espíritu humano. Los judíos conocían los amuletos con el nombre de *Totha-photh*. Moisés, con el objeto de destruir esta supersticion de su pueblo, ordenó que se llevasen en la mano ó sobre la frente preceptos escritos de la ley; que se fijasen en los umbrales de las casas y en los pilares de las puertas; substituyendo de esta suerte una costumbre moral que

á todas horas debía recordar á los israelitas los deberes que tenían que cumplir, á una práctica supersticiosa. Pero esta costumbre de llevar inscritas en los vestidos sentencias tomadas del Pentateuco (*Tephíllim*, como decían los hebreos), pronto degeneró en una supersticion absolutamente semejante á la que Moisés había querido desterrar; no tardó en atribuirse á los filateros una virtud material é intrínseca, que les trasformó en verdaderos amuletos. Las mujeres de los judíos llevaban igualmente ciertas alhajas que creían eran preservativos poderosos. Los *lekhaschim*, ó figuras de serpientes de que habla Isaias, eran de este número; tenían la propiedad de apartar á los malos espíritus y librar de los animales venenosos. En general se suponía por el principio *similia similibus*, que las imágenes de animales maléficos conjuraban á aquellos animales que representaban. La creencia que hacia llevar estos amuletos á las mujeres judías, obligó á Moisés á erigir la serpiente de metal para curar á los que habían sido mordidos por dichos reptiles.

En tiempo de Jesucristo, el uso de los amuletos y de los encantos estaba muy en boga entre los hebreos. Atribuíanse á Salomón la composición de algunos de aquellos, que eran considerados como los mas poderosos. El historiador Josefo nos dice que con ellos se conjuraba á los malos espíritus y se preservaba de enfermedades. Semejante supersticion provenia evidentemente de los antiguos persas, entre los cuales los *tahvids* ó *taavids* hacían el mismo papel que los filateros hebreos. Se les aplicaba asimismo sobre diversas partes del cuerpo para librarse de diferentes males. Lo que nos hace creer esta semejanza es, que estos *tahvids* eran hechos en nombre de Feridoun, rey célebre cuya historia ofrece mas de una analogía con la de Salomón.

Los amuletos propiamente hablando, han sido poco usados entre los griegos y romanos. Los primeros algunas veces usaban anillos mágicos para curarse de ciertas enfermedades; empleaban como encantos ó talismanes ciertos objetos, tales como los que cuelgan los herreros de sus chimeneas para apartar la envidia y la malquerencia. Yervas reputadas mágicas tenían propiedades análogas, y con este motivo cedían la sien con ellas, como lo recuerda Virgilio en su sétima égloga. Con el mismo objeto se llevaban tambien collares de coral y de ciertas conchas, y colgaban al cuello de los niños falos: «*Pueris turpícula*

16 DE JULIO DE 1854.

res in collo quadum suspendebatur, ne quid obvi bonæ scævæ causa » dice Varron.

Por lo demás, hasta muy tarde no se introdujo entre los griegos y entre los romanos la mayor parte de estas prácticas supersticiosas: en la época imperial es cuando más particularmente estaban en uso: habían venido en pos del cortejo que acompañó á las doctrinas orientales. Los gnósticos, que parecen haber sido los principales corredores de las creencias asiáticas en el Occidente, daban mucha fé á la virtud de los amuletos. En Persia, en Siria y en Egipto fué donde se contrajeron tan supersticiosas costumbres. Los cilindros persepolitanos serian probablemente amuletos, lo mismo que las innumerables figuritas que se encuentran en los sepulcros egipcios. Sin duda alguna los israelitas se acostumbraron al uso de los amuletos durante su mansión en la tierra de Faraon.

Los árabes, á cuya raza pertenecen los hebreos, son estremadamente supersticiosos; no solo usan los filateros, como los judíos, y se cubren el cuerpo con sentencias del Corán, sino además llevan sortijas, piedras preciosas, y mil objetos diversos, que ellos imaginan tienen virtud de curar las enfermedades, arrojar á los demonios y destruir los malos efectos de los encantamientos.

Los persas componen unos saquitos sumamente pequeños, dentro de los cuales meten sentencias escritas sacadas del Alcorán. Estos amuletos los suelen llevar en el pecho, en el cuello y mas comunmente en el brazo. También se los ponen á los animales para preservarlos de maleficios y enfermedades.

La mayor parte de los musulmanes de la India tienen en el cuello, en el turbante, en el brazo ó en la muñeca el *Isim*, palabra sacramental escrita en alguna placa de metal ó pedazo de porcelana ó de papel, ó bien bordada en un trozo de Kumkhwab, seda tejida de flores de oro y plata.

Los tártaros, los chinos y los brahmanistas llevan iguales amuletos. Los boudhistas de la isla de Ceylan se aplican en las partes del cuerpo donde sienten dolores, figuras de demonios, y creen firmemente que se curan con semejantes cataplasmas de nueva especie.

También los cristianos han adoptado el uso de los amuletos. Pudiéramos citar los concilios de Laodicea, de Ancira, de Cartago y otros, que prohíben semejantes usos y condenan tales supersticiones. Pero nos concretaremos á decir, que la iglesia terminantemente ha dado su parecer sobre este particular.

SEÑOR DON AURELIANO FERNANDEZ-GUERRA Y ORBE.

Amigo mío: Ya que Vd. se complace en leer mis borroneos y quiere saber mi opinión sobre el aragonés autor tordesillesco del *Quijote de Avellaneda*, trasladaré aquí el final de la nota 64 de las que he formado para el *Viaje del Parnaso*, y es la siguiente:

«Ya que hemos hecho mención en esta nota de nuestro Cervantes, digamos algo aquí del aragonés su enemigo el autor tordesillesco del malhadado *Quijote de Avellaneda*.

Los versos MS. del célebre poeta D. Juan de Tasis, conde de Villamediana (elogiado encarecidamente por Miguel de Cervantes Saavedra en este su libro intitulado *Viaje del Parnaso*), que he leído y ahora trasladaré aquí, me convencer sobre manera á no dudar ya que fray Luis de Aliaga, religioso de la orden de Santo Domingo ó de los predicadores, inquisidor y confesor del rey D. Felipe III, fué el verdadero autor del *Quijote de Avellaneda*.

Leamos lo que el conde de Villamediana dice del fraile Aliaga:

«De las venturas presentes
Entiendo que es la mayor
Arrimar al confesor
Que hizo tantos penitentes.
A títulos de abstinentes
No sé por cuantos caminos
A los padres Thomasinos
Va todo lo que es pescado,
Pues que Aliaga ha sacado
De la puja á los Teatinos.

Sancho Panza (1) el confesor
del ya difunto monarca,
Que de la vena del arca
De Osuna fué sangrador,
El cuchillo del dolor

(1) Este Sancho Panza (para mí) es alusivo al Sancho Panza, comilon, murmurador y chavacano del obscuro libro del *Quijote de Avellaneda*, compuesto por el tal fraile Aliaga.

Lleva á Huete atravesado,
Y en tan miserable estado,
Que será segun he oido,
De Inquisidor inquirido,
De Confesor confesado.

Del Confesor se imagina
Que fué á Huete ¡ay que dolor!
Con orden de que el Prior
Le diese una disciplina.
Providencia fué divina
Comprenderle en la espulsion.
Murmúrase que es ladrón;
No lo afirmo, pero sé
Que en quien guarda poca fé
No está bien la Inquisición.

Al confesor que en privanza
Fué con todos descortés (1),
Le envían á Huete, que es
Lugar de enseñar crianza.
Acabóse la bonanza;
Sin la dignidad se ve;
Fraile simple dicen que
Le dejan: para acertar
Fraile le pueden dejar,
Que simple siempre lo fué.

Murió Felipe Tercero;
Mas un consuelo nos queda,
Que murió Pablo de Uzeda,
El Confesor y el Buldero.
Uno y otro majadero
Se consuelan que han tenido
Un rey y un reino perdido,
Que mejor diré robados;
Que el poder de estos privados
Tan exorbitante ha sido.»

Con los versos anteriores del conde de Villamediana, bien vengado quedó el modesto Miguel de Cervantes Saavedra de su enemigo poderoso el fraile Aliaga, contra quien no le era posible medir sus armas defensivas en un terreno tan resbaladizo para él, que le hubiera precipitado á un abismo de desventuras, ó acaso acelerado su muerte.

Del conde de Villamediana hemos hablado al número 40 de estas notas.

Sigamos todavía tratando un poco mas del tal fraile Aliaga, para convencernos plenamente de que fué el autor verdadero del *Quijote tordesillesco de Avellaneda*; y (aquí para entre los dos, lector amantísimo) no sé yo cómo pasó desapercibido lo que voy á decir en esta nota á tan infatigables investigadores (del *Quijote* de Miguel de Cervantes Saavedra) como los señores Bowle, Rios, Pellicer, y mi amigo el señor D. Martín Fernandez de Navarrete, pues, en el mismo *Quijote* (segunda parte, capítulo LXI) desahoga su queja Cervantes por medio de su bien cortada péñola y fecundísima imaginación; y en un vocablo equivoco y saladísimo irónico, que allí usa, nos da á conocer que el tal fraile Aliaga es el tordesillesco autor verdadero del maldecido *Quijote de Avellaneda*.

Leamos lo que dice el citado capítulo LXI de la segunda parte del ingenioso caballero *Don Quijote de la Mancha*, en que refiere:

«DE LO QUE SUCEDIÓ Á DON QUIJOTE EN LA ENTRADA DE BARCELONA.»

Dice pues el testo así:

«Bien sea venido, digo, el valeroso Don Quijote de la Mancha. No el falso, no el ficticio, no el apócrifo, que en falsas historias estos dias nos han mostrado, sino el verdadero, el legal y el fiel, que nos describió Cide Hamete Benengeli, flor de los historiadores. No respondió Don Quijote palabra, ni los caballeros esperaron á que la respondiese, sino volviéndose y revolviéndose con los demás que le seguían, comenzaron á hacer un revuelto caracol alrededor de Don Quijote. El cual volviéndose á Sancho, dijo: estos bien nos han conocido; yo apostaré que han leído nuestra historia, y aun la del Aragonés recién impresa. Volvió otra vez el Caballero que habló á Don Quijote, y dijo: vuesa merced, señor Don Quijote, se venga con nosotros, que todos

(1) Traslado á Cervantes en el prólogo de la segunda parte del *Quijote de Avellaneda* y en el resto de ella.

somos sus servidores y grandes amigos de Roque Guinart. A lo que Don Quijote respondió: Si las cortesías engendran cortesías, la vuestra, señor caballero, es hija ó parienta muy cercana de las del gran Roque; llevadme do quisieredes, que yo no tendré otra voluntad que la vuestra, y mas si la quereis ocupar en vuestro servicio. Con palabras no menos comedidas que estás le respondió el Caballero, y encerrándole todos en medio, al son de las chirimías, y de los atabales, se encaminaron con él á la ciudad. Al entrar de la cual, el Malo que todo lo malo ordena, y los muchachos, que son mas malos que el Malo, dos dellos traviesos y atrevidos se entraron por toda la gente, y alzando el uno de la cola del Rucio, y el otro la de Rocinante, les pusieron y encajaron sendos manojos de *Aliagas*. Sintieron los pobres animales las nuevas espuelas, y apretando las colas aumentaron su disgusto de manera que, dando mil corcovos, dieron con sus dueños en tierra. Don Quijote corrido y afrontado, acudió á quitar el plumage de la cola de su matalote, y Sancho el de su Rucio.»

Véase pues cuán crítica y grandilocuentemente (con el vocablo equivoco é irónico *Aliagas*), cómo á las claras, Cervantes, con su ardidoso y sagacísimo ingenio, colocó á las turbias al fraile Aliaga debajo de las colas respectivas del rucio (de Sancho Panza), y del Rocinante (de Don Quijote). Y luego mas adelante al capitulo LXX de la misma Segunda parte, hablando ya Cervantes desembozado, y como quien dice cara á cara y frente á frente, alaragonés tordesillesco, pone en boca de Altisidora estas palabras:

«La verdad que os digo, respondió Altisidora, yo no debí de morir del todo pues no entré en el infierno; que si allá entrara, una por una no pudiera salir de él aunque quisiera. La verdad es que llegué á la puerta adonde estaban jugando hasta una docena de diablos á la pelota, todos en calzas y en jubón, con valonas guarnecidas con puntas de randas flamencas, y con unas vueltas de lo mismo, que les servían de puños con cuatro dedos de brazo fuera para que pareciesen las manos mas largas, en las cuales tenían unas palas de fuego. Y lo que mas me admiró fué, que les servían en lugar de pelotas, libros, al parecer llenos de viento, y de borra, cosa maravillosa y nueva. Pero esto no me admiró tanto como el ver que siendo natural de los jugadores el alegrarse los gananciosos, y entristecerse los que pierden, allí en aquel juego todos gruñían, todos regañaban, y todos se maldecían. Esto no es maravilla, respondió Sancho, porque los Diablos, jueguen ó no jueguen, nunca pueden estar contentos, ganen ó no ganen. Así debe de ser, respondió Altisidora; mas hay otra cosa que tambien me admira (quiero decir, me admiró entonces), y fué que al primer boleó, no quedaba pelota en pie, ni de provecho para servir otra vez, y así menudeaban libros nuevos y viejos, que era maravilla. A uno dellos nuevo, flamante, y bien encuadernado le dieron un papirotazo, que le sacaron las tripas, y le esparcieron las hojas. Dijo un Diablo á otro: mirad que libro es ese, y el Diablo le respondió: esta es la Segunda parte de la *Historia de Don Quijote de la Mancha*, no compuesta por Cide Hamete su primer autor, sino por un aragonés, que él dice ser natural de Tordesillas. Quitádmelo de ahí, respondió el otro Diablo, y metedle en los abismos del infierno, no le vean mas mis ojos. ¿Tan malo es? respondió el otro. Tan malo, replicó el primero, que si yo mismo me pusiera á hacerlo peor, no acertara. Prosiguieron su juego peloteando otros libros, y yo por haber oído nombrar á *Don Quijote*, á quien tanto adamo y quiero, procuré que se me quedase en la memoria esta vision. Vision debí de ser sin duda, dijo Don Quijote, porque no hay otro yo en el mundo, y ya esa *Historia* (la del aragonés) anda por acá de mano en mano, pero no para en ninguna, porque todos la dan del pie.»

Basta y sobra con lo que va manifestado ahora en esta nota para convencimiento en quien la lea, de que el verdadero autor del *Quijote*, conocido hasta aquí con el nombre supuesto ó apócrifo de *Avellaneda*, lo fué el aragonés fray Luis de Aliaga, del orden de Santo Domingo, inquisidor, privado, y confesor del rey de España don Felipe III.

Esta es la nota que dije al comienzo de la presente, de la que podrá Vd. hacer el uso que le parezca; y vea Vd. en qué otra cosa pueda complacerle este su afectísimo y deseoso servidor Q. S. M. B.

Justo de SANCHA.

Madrid 28 de mayo de 1834.

RUSIA.

SU GEOGRAFIA POLITICA.

Son sumamente curiosos en las circunstancias actuales los siguientes datos acerca de la estension, poblacion, movimiento mercantil y rentas del imperio ruso:

Para que el lector pueda apreciar debidamente, con copia de datos, la relacion que guarda la estension de dominio de los Czares con

la poblacion que subyugan, y la que se observa en otros estados de primero, segundo y tercer orden, vamos á presentarles algunos datos geográficos y estadísticos, sacados los mas del Diccionario muy reputado de Maccarthy; después apuntaremos su movimiento mercantil y recursos pecuniarios, concluyendo por bosquejar un cuadro comparativo y demostrativo del valor del cambio que hace de sus productos con el de otras naciones, y la proporcion que con las poblaciones respectivas representan.

Es la Rusia, comprendidos todos sus reinos y colonias, el mas estenso imperio del orbe, un gigante desproporcionado, pues tiene 5,035 leguas de á cuatro kilómetros de largo, 600 de ancho, 1,247,520 cuadradas de superficie y 60.000,000 de habitantes. Coge en toda su estension la Europa desde el mar Blanco hasta el mar Negro, interpuesta entre ella y el Asia, posicion admirable de la que saca su principal importancia y la influencia funesta que en los destinos de la política europea ejerce.

La Rusia europea, la meridional, el gran ducado de Finlandia y el reino de Polonia ocupa una superficie de 397,980 leguas cuadradas de Siberia, y la Rusia americana es de 448,240, y una poblacion de poco mas de dos millones de habitantes. La del Reino Unido de la Gran-Bretaña es de 19,465 leguas, tiene una poblacion de veintiocho millones de habitantes; corresponden á cuatrocientos treinta y ocho individuos por legua; la superficie de Francia es de 54,512, habitada por 34.000,000 cerca de 1,000 por legua; la del reino de Bélgica es de dos mil doscientas noventa y ocho; viven en ella 4.200,000, mas de 1,827 por legua; la del reino de Dinamarca de 4,681 y 2.100,000 de poblacion, mas de 570 por legua; el Egipto, aunque su total de estension sea de 24,000 leguas cuadradas, solo 5,880 son las cultivadas y pobladas, las recorre el Nilo, y poblado por tres millones, cuenta mas de 510 personas por legua; nuestra España con 27,560 mantiene quince millones, mas de 586 por legua.

No concluiríamos si prosiguiésemos haciendo comparaciones, todas ellas en notable desventaja de la Rusia, que es el estado menos poblado del mundo, mitad africana por su barbarie. La misma Turquía le saca en esto notable ventaja; en su estension total está la poblacion en razon de mas de 284 habitantes por legua cuadrada, siendo así que la totalidad está en Rusia en muy poco mas de cuarenta por legua. La Rusia europea, la meridional, gran ducado de Finlandia y reino de Polonia, estados que componen el nervio de su fuerza, cuentan poco mas de 150 individuos por legua cuadrada.

Conocida la sorprendente desproporcion del imperio del autócrata con el número de sus habitantes, mas admirará todavía su escaso comercio. Todo el movimiento de importacion llegó en el año de 1831 á 103.737,612 rublos de plata, 2,536.564,180 reales; el de exportacion fué de 97.594,437, á los que si agregamos el numerario, que subió á 16.405,196, tendremos un total de 112.796,535 rublos, 1,706.949,796 reales. Las principales mercancías estraidas ha sido cereales, pieles, cueros de Rusia, lino, cáñamo, madera, cobre, hierro, potasa, lana, etc. El valor de los cereales exportados de Rusia y Polonia juntamente, ha sido en dicho año 51 de 20.962,954 rublos, que son 314.544,510 reales, y es, téngase esto bien en cuenta, su principal artículo de cambio y la base de las rentas de la nobleza de la riqueza general del imperio. El término medio de las exportaciones en los años desde 1831 hasta 1830, ha sido de 1.140.000,000 de reales, y casi la mitad se ha estraído para Inglaterra. El movimiento general de la navegacion en todos los puertos de la Rusia en 51 merece fijar seriamente la atencion: en los del Báltico han entrado 3,790 buques y salido 3,781; en el mar Blanco 721 y 658; en los del Mediodía 2,480 y 2,598; en el mar Caspio 228 y 503. Corresponden de estos buques á los ingleses 1,875, y solo 1,019 á los rusos; los restantes se reparten entre turcos, holandeses, griegos, suecos, meklemburgueses, prusianos, daneses, sardos, austriacos y otras naciones, ocupando entre las que hemos apuntado por su orden de importancia el primer lugar la Turquía con 948 buques, 71 naves menos que el mismo colosal imperio de todas las Rusias. Los derechos de entrada y de exportacion cobrados por las aduanas imperiales ascendieron á 29.135,209 rublos, y la total de estas rentas á 50.529,927, igual á 437.948,905 reales.

Estos datos, así como los anteriores, son oficiales; estan sacados de las mejores fuentes; y casi estuvimos dudando de su exactitud, admirados de los pobres recursos del exagerado imperio moscovita.

De un artículo notable de la *Presse* que firma Mr. L. Leonzon Le Duc, y que se titula *Bloqueo comercial de la Rusia*, hemos apuntado los siguientes datos comparativos del valor de las exportaciones que hacen diversos estados, y entre los que ocupa la nacion que es objeto de estas líneas el último puesto.

La Inglaterra ocupa el primer lugar, y ha cambiado (efectos declarados) por valor de 4,625.000,000 francos; tiene 27.000,000 habitantes; corresponde á 171 por cabeza. La Bélgica el segundo; poblacion, 4.260,000 almas; valores cambiados 494.500,000 francos

á 120. Los Estados-Unidos de América el tercero; 26.000.000 de almas; géneros cambiados 2.209.000.000 francos; á 110 por alma. La Francia el cuarto; población 34.000.000; cambio por 2.546.000.000 francos; 66 por individuo. La Dinamarca el quinto; 2.100.000 almas; valores 127.170.000 francos; 66, 50 c. La Union aduanera alemana el sexto; población, 25.000.000; efectos cambiados, 1.550.000.000 de francos, tocan á 54. El Egipto el sétimo; habitantes 5.000.000; valores cambiados, 144.500.000 francos, á 48 por cabeza. La monarquía de Suecia y Noruega el octavo puesto; tiene 3.232.000 habitantes; cambio por valor de 188.370.000 de francos, tocan á 44, 50 c. por cabeza. La España ocupa el noveno lugar; su población es de 15.000.000; los valores que cambió ascendieron á 519.992.000 francos, á 21 por persona.

El décimo lugar lo ocupa el imperio austriaco; su población es de 35.000.000; cambio por valor de 645.000.000 de francos, á 18, 50 c. por individuo. El undécimo corresponde á la Turquía, que con una población de 26.000.000 de almas, sin las provincias tributarias del Danubio, cambió por valor de 553.000.000 de francos, á razón de 17, 50 c. por cabeza. El duodécimo le ocupan los Principados del Danubio, con 3.000.000 de habitantes; cambiaron por valor de 80.807.000 francos, á razón de 16 por cabeza.

Por fin, ocupa el último y realmente triste lugar la Rusia. El imperio de sesenta millones de habitantes cambió solo por un valor de 769.000.000 de francos; correspondiendo á cada ruso 12, 80 c.; casi una tercera parte menos que el misero y decaído turco, y como casi 55 veces menos que el inglés industrioso y libre.

Tal es ese colosal é informe imperio moscovita que ocupa una superficie de 1.247.520 leguas cuadradas, representante de un principio caduco, que pretende dictar la ley al mundo y desafiar á las dos mas robustas naciones de la tierra. Poderoso é invulnerable en las espesuras de sus bosques, en el corazon de sus desiertos, hace cien años no mas que influye en los destinos de Europa, desde que ha hecho partícipe de un crimen al Austria y á la Prusia; atrae de todos los países con ricos donativos, y dando naturalizacion y honores á hombres de suficiente flexibilidad para vender sus conocimientos y experiencia en las ciencias, en las armas y las letras, presentando á las observaciones superficiales una grandeza algo pomposa de civilizacion artificial.

Sin duda es potente el imperio de setenta millones de habitantes que obedecen pasivos la voluntad omnimoda de un hombre obstinado, que fijo en la tradicion política de su casta, consagra todos los recursos de que dispone, subyugando y empobreciendo al siervo en el esclusivo objeto de mantener sobre las armas un ejército sin segundo en número, admirable en las revistas, valiente en las batallas, pero todavia muy atrás por defectos de su viciosa organizacion interior de los buenos ejércitos europeos. Fuera de la esfera de su accion nunca ha podido mantener masas en proporcion con su nombradía, ni con recursos cuenta para duraderas empresas. Tributaria de la Inglaterra, que hoy desafia, para la venta de sus productos, la conduccion, la maquinaria, el armamento, ¿con qué elementos propios cuenta ese coloso, condenado á encerrarse en su guarida, falto de recursos, por poco que la guerra durase? El lector no tiene mas que fijarse en los datos que hemos estampado, que son auténticos, y colocar con su buen juicio á la Rusia y al Czar en el lugar y rango que les corresponde.»

VIAJES ALREDEDOR DEL MUNDO.

1837.—1841.

Las islas innumerables que pueblan con sus tierras nuevas las serenas soledades del gran Océano, presentaban desde 1814 un espectáculo apenas sospechado del continente europeo, y sin embargo, tan digno de llamar bajo algunos puntos de vista su atencion, como bajo muchos otros su rivalidad y sus simpatías. Estos archipiélagos, productos del mar ó del fuego, concreciones madreporicas ó eyecciones de los volcanes, pero dotados casi todos de una fecundidad maravillosa, veian, antes de la época á que nos referimos, decrecer y extinguirse su poblacion en los horrores de la antropofagia. Jamás habian manchado escesos mas atroces una naturaleza mas pura y risueña; jamás despoblacion tan odiosa habia ensangrentado una tierra tan fértil. Estaba reservado á la civilizacion occidental poner un término á las abominaciones de aquella vida salvaje.

Desde los primeros años que siguieron á las guerras de Bonaparte, las necesidades de expansion del comercio americano y británico llevaron los bajeles de estas dos naciones hácia las tierras de aquellos lejanos países. A la tristísima pintura que los navegantes trazaron á su regreso del feroz encarnizamiento á que se entregaba la mayor parte de aquellas hordas, la Inglaterra y la Union americana se estremecieron de espanto, formáronse en ambos países sociedades religiosas, y

se enviaron misioneros protestantes para evangelizar aquellas tribus canibales.

Pero los misioneros, en vez de consagrarse esclusivamente á su apostolado, hicieron intervenir casi siempre su propaganda religiosa y sus especulaciones mercantiles. El primer mal producido por esta dualidad de intereses, fué el misterio en que, como todos los negociantes que han encontrado nuevos mercados para su comercio, envolvieron sus empresas de religion y mercantilismo. Esta obra de luz parecia buscar únicamente la sombra para realizarse, y lo consiguió tan bien al principio, que el primer navio circunnavegador lanzado por la Francia, durante la Restauración, en aquellos mares, no pudo menos de ver con asombro los progresos que habian hecho en muchos puntos las predicaciones de los misioneros metodistas.

A la noticia de un éxito tan completo, el catolicismo, que en los siglos anteriores habia enrojecido con la sangre de sus mártires todas las playas del continente y del gran archipiélago asiáticos, se apresuró á enviar sus confesores á tomar parte en aquella recoleccion lejana. Los navios de comercio y los armadores balleneros franceses comenzaron por sí mismos en la misma época á doblar el cabo Hornos.

Los misioneros protestantes, viéndose desde entonces amenazados en su doble monopolio, recurrieron á todos los medios para protegerle. Representaron á los franceses como un pueblecillo de revoltosos y bandidos, á quienes siempre habia castigado ó hecho temblar la Inglaterra, y aconsejaron por lo tanto á los jefes de las tribus salvajes ó semi-salvajes, en cuyo ánimo tenían alguna influencia, que evitaran toda relacion con aquella gente, y no permitiesen, sobre todo á sus misioneros, el establecerse entre ellos.

Estas calumnias produjeron sus frutos; todas las poblaciones ignorantes se acostumbraron á mirar á los misioneros franceses como enemigos, contra los cuales la astucia y la violencia eran armas legítimas, y á la Francia como una nacion demasiado débil para hacer respetar su pabellon y sus hijos. De aqui la insolencia y la crueldad, y no pocas veces las catástrofes que los franceses y sus mismos bastimentos tuvieron que sufrir en aquellos países.

Si los misioneros católicos, gracias á su abnegacion, lograron penetrar en algunas islas, la rapidez de sus triunfos no produjo otro resultado que hacer á sus rivales mas violentos y encarnizados. En todos los puntos en que los ministros ingleses ó americanos se habian establecido, los sacerdotes franceses estaban seguros de encontrar la persecucion y la intriga. Por todas partes el mismo odio, la misma violencia, en las islas de la Sociedad, en el Archipiélago de Sandwich y en la mayor parte de las islas inmediatas del continente australiano. Y como, segun hemos dicho ya, no era solo su proselitismo religioso, sino tambien los intereses de su negocio lo que ellos defendian con tanto empeño, los comerciantes y los misioneros franceses fueron el objeto de sus maquinaciones.

Las reclamaciones y las protestas que se elevaron de todos los puntos de la Océania, revelaron por fin al gobierno francés la necesidad de representar la Francia en aquellos mares por cruceros cuya magnitud y fuerza diesen á aquellos pueblos incultos una justa idea de su poder. Reconoció el error que habia cometido suspendiendo aquellas navegaciones lejanas, que no solo habian restaurado el brillo de las ciencias en derredor del pabellon francés, sino que, confiadas á bastimentos mas fuertes, cuando no á divisiones, hubieran asegurado su inviolabilidad, dando á conocer mejor la gran nacion cuyos colores ostentaba. Pensóse en reparar este error, y entre tanto que una expedicion mas especialmente científica, cuyo proyecto preparaba Mr. Dumont d'Urville salia de los puertos de Francia, el gobierno quiso que muchos bastimentos de alto bordo fuesen á exigir la reparacion de las injurias de que algunos de sus súbditos habian sido víctimas, y á probar á aquellas hordas bárbaras, de la misma manera que á sus culpables instigadores, que la nacion francesa tenia fuerzas bastantes para hacer respetar su nombre en las mas remotas playas.

Combináronse con este objeto las expediciones de muchas fragatas que debian recorrer los puntos frecuentados por los navios balleneros; de modo que, protegiendo su pesca, pudiesen al mismo tiempo obtener aquel otro resultado, tan importante para la seguridad del comercio y del honor nacional. La *Venus*, mandada por el capitán de navio Abel Dupetit-Thouars, y montada por una tripulacion escogida, fué la primera que se dió á la mar.

La primera parte de su navegacion se verificó sin incidente alguno de gravedad; el buque dobló el cabo Hornos, después de haber tocado el Brasil, y remontando la costa occidental de la América del Sud, cuyos principales puertos visitó, dirigióse hácia las islas Sandwich. Una de estas islas, cuya proximidad no habia anunciado ningun indicio, ni aves, ni cuerpos flotantes, apareció á los ojos de los marineros el 7 de julio como una sombra, y tan oscurecida por las nubes y los vapores del horizonte, que no pudieron reconocer, en las crestas que la coronaban, aquella Hawai doblemente célebre por la muerte del ilustre Cook y por la tumba de Rio-Rio, el primer rey po-

lynésio venido á Europa, para sentarse al gran hogar de la civilización.

Al día siguiente, la *Venus* echó el ancla en la rada de Honolulu, capital de la isla Oahou, y residencia del gobierno de las islas Sandwich. A este gobierno era á quien el comandante francés iba á exigir una reparación al honor de la Francia.

Dos misioneros católicos, el uno francés, Mr. Bachelot, el otro irlandés, Mr. Skort, habían sido en el mes de diciembre de 1831 espulsados de aquellas islas, á consecuencia de las intrigas de los ministros protestantes americanos; y las autoridades que habían cometido este abuso de poder, lo habían agravado todavía mas abandonan-

do á los dos desgraciados sacerdotes en una costa desierta de la baja California. Ellos, por su parte, no pudiendo creer en el triunfo definitivo de semejante iniquidad, y esperando, por el contrario, triunfar de la persecución á fuerza de paciencia, obtuvieron del capitán de una goleta de Sandwich, la *Clementina*, que los recibiese á su bordo y los volviese á la isla Oahou, de donde habían sido espulsados con desprecio del derecho de gentes. El capitán, que no era mas que fletador de la goleta, cuyo propietario era Mr. Dudoit, criollo de la isla de Francia establecido en aquel archipiélago, accedió á los deseos de los interesados, ya por especulación, ya por simpatía, y lo hizo sin que la autoridad, á cuya noticia llegó el suceso, opusiera el mas leve obs-



(Exterior de la Alhambra por la parte del Darro.)

táculo. Los misioneros católicos creyeron pues en la realización de su esperanza, en el triunfo de su buen derecho, y volvieron á empezar sus predicaciones.

El éxito de aquellos sacerdotes reanimó bien pronto la intolerante envidia de sus enemigos, cuya influencia dominaba en las decisiones de la reina regente. Reclamaron una nueva ejecución del decreto del destierro que habían impuesto á los que ellos llamaban perturbadores de la tranquilidad pública; los dos misioneros fueron arrestados de nuevo, y como el objeto era desembarazarse de ellos lo mas pronto posible, se les condujo á bordo de la goleta en que había regresado, con orden de conducirlos al sitio en que los había admitido.

Mr. Dudoit, súbdito inglés, pero católico, no quiso prestarse á se-

mejante arbitrariedad, que por lo demás perjudicaba á sus intereses; alegó que no podía hacerse responsable de los actos del capitán americano, á quien había alquilado su buque; que no era él quien había llevado los misioneros católicos á la isla, y que por consiguiente no podía obligársele, sin injusticia, á trasladarlos á otra parte. El agente consular inglés apoyó estas reclamaciones, pero en vano: mantuvieron en todo su vigor las órdenes espeditas y las medidas adoptadas. Mr. Dudoit, protestando entonces contra un vejámen que atentaba al honor de su país, tomó el pabellón inglés, y escoltado por su tripulación y por todos aquellos á quienes su fé religiosa ó su dignidad nacional hicieron asociarse á sus protestas, le llevó, á través de la población, ávida de saber lo que iba á suceder, á la casa del cónsul bri-

tánico, quien le mandó quemar para sustraerle á cualquier ultraje. No por eso los dos misioneros dejaron de ser enviados á bordo de la *Clementina*.

En medio de esta crisis fué cuando llegó la *Venus* á las aguas de la isla, apresurándose Mr. Dudoit á comunicar á su comandante lo que pasaba.

Uno de los oficiales de la cubierta inglesa el *Sulphur*, anclada delante de Honolovlov, fué á bordo de la *Venus* para confirmar á Mr. Dupetit-Thouars la verdad de los hechos que se le habian denunciado. El comandante francés se dió á la vela en una chalupa; se acercó á la *Clementina* al dirigirse á la ciudad para interrogar á Mr. Bachelot y pedirle informes, y se trasladó después á casa del cónsul francés, donde el mismo comandante del *Sulphur* habia saltado. Allí deliberaron sobre las medidas que exigía el honor de sus respectivos países, y se convino que se dirigirian á la reina Kinan, que en ausencia del rey su hermano, entonces en Mawel, ejercia la autoridad soberana; que le harian energicas representaciones, y que en el caso en que no accediese á ellas se tomarian por sí mismo la justicia inmediatamente. Como la goleta pertenecía á un súbdito inglés, el comodoro Belcher haria tomar posesion de ella á un destacamento de su tripulacion, y después cada comandante conduciria y dejaria seguro en tierra al misionero, cuyos derechos, como compatriota suyo, debia hacer respetar. Esto fué lo que sucedió, porque la reina, detrás de la cual estuvo durante toda la audiencia el ministro americano Bingham, no quiso acceder á ninguna reclamacion.

En su consecuencia la *Clementina* fué espedida inmediatamente á Mawel para invitar al rey á que volviese. Este príncipe, después de enviar una carta de excusa, llegó á Honolovlov el 20 de julio, y el 21 se verificó la audiencia reclamada por los dos comandantes europeos. El joven rey se esforzó en justificar la medida adoptada por su hermana durante su minoria, y que los sucesos recientes no habian hecho mas que consumir. Alegó que el archipiélago de Sandwich debia á los ministros metodistas las luces del cristianismo y los beneficios de su civilizacion naciente, y que era muy justo que este pueblo los protegiese contra otros extranjeros que querian ir á turbarlos en su obra de regeneracion, predicando una religion enemiga.

Estas respuestas, dictadas por su hermana, quien las recibia á su vez de Bingham, colocado cerca de ella, no podian justificar la inhumana deportacion de dos sacerdotes católicos. Resolvióse pues al cabo de un animado debate, que Mr. Bachelot permaneceria en la isla hasta que encontrase un buque que pudiera conducirlo á la costa mejicana ó á las islas Gambier, adonde deseaba trasladarse; pero que por un nuevo convenio, los católicos gozarian en adelante en el archipiélago Sandwich de los mismos derechos y las mismas prerogativas que los miembros de las demás comunidades cristianas.

La *Venus*, después de firmar el tratado, partió de aquellas islas para visitar las costas del Kamchatka, que no habian visto buques de guerra franceses desde las dos corbetas de Lapeyrouse, y volvió después á las costas de América para emprender definitivamente su rumbo hacia Oeste.

AMOR SIN FÉ.

NOVELA ORIGINAL.

(Aprobada por el censor.)

(Conclusión.)

CAPITULO VII.

CARLOS DE ALARCON Á ENRIQUE DE AGUILAR.

Veo con dolor, querido Enrique, que comprimes los latidos de tu razon con los raciocinios de un desconsolador escepticismo. El escepticismo es el orgullo de la razon humana, que tendiendo su vista á remotos horizontes, tropieza y cae en cercanos precipicios.

Solo hay una luz que puede guiarnos en las deshechas borrascas de la vida; la luz de la fé. ¡La fé: manantial fecundo de nobles hechos, de generosos sentimientos!

Mira á Colon sirviendo de escarnio á los orgullosos sabios de aquellos dias; mira á Colon auxiliado por una reina magnánima y dando un nuevo mundo á la corona de Castilla. La ciencia presuntuosa despreció al genio; la fé de una mujer lo comprendió.

Los mártires del cristianismo alzan cantos á Jesucristo en el circo de Roma; Srévola quema su mano; Sócrates bebe tranquilo la cicuta; Galileo sostiene una verdad científica entre los dolores del tormento; Guzman arroja el puñal que ha de asesinar á su hijo... la fuerza que produce tan heroicas acciones es la fé; sin ella todo es pobre, todo es mezquino.

Figúrate, querido Enrique, que en una bohordilla limpia, pobremente alhajada, vive una anciana en compañía de su hija. Esta es joven y bella; el trabajo de sus manos da de comer á su madre; sus cuidados alargan su existencia. Fácil la fuera adquirir infames riquezas, pero prefiere la senda de la virtud, que si es difícil, tiene por premio la paz del alma, el suave perfume de celestial ventura. Dime, Enrique, ¿si penetras en el interior de esta familia, se verificará tu máxima, todo lo que profundamente se conoce profundamente se desprecia? No: la virtud, si profundamente se conoce, profundamente se ama.

Dejándote llevar de tus desconsoladoras ideas, afirmas que es condicion de la humana naturaleza causarnos mutuamente penas sin número, desengaños sin cuento. Aserto falso, porque la felicidad del hombre tiene sólidos fundamentos en la dicha de sus hermanos. La muerte tranquila del honrado ciudadano vale mas que el suntuoso festin del magnate corrompido.

El escepticismo amarga las horas mas tranquilas de nuestra existencia. Amas á Aglae y no te atreves á confesarlo. El amor te parece indigno de tu razon amaestrada en la escuela del mundo. Olvidas que la mujer es compañera inseparable del genio. Su influjo suavizó las costumbres de la edad media; su encanto inspiró la lira de Garcilaso y el pincel de Rafael.

La imagen de la mujer envuelta en las nacaradas nubes de la ilusion, es la luz que guía nuestros pasos; despojada de tan brillantes atavios, es débil flor que huella el viajero con planta indiferente.

La atraccion gobierna el mundo fisico; el amor debe regir la moral. Para que exista el amor tiene que estar sostenido con la fé. El amor sin la fé es un edificio fundado sobre movediza arena, que se pulta en sus ruinas á sus locos habitantes.

Adios y no olvides los consejos de tu amigo

Carlos de Alarcon.

CAPITULO VIII.

PARED POR MEDIO.

—Ahora que ya has descansado espero que me expliques la causa que te ha movido á abandonar las márgenes del caudaloso Manzanares y las bulliciosas calles de la coronada villa.

—Un capricho.

—¿No hay ninguna otra?

—No: lei un soneto de Lupercio de Argensola en alabanza de la vida del campo, y al terminarle no pude menos de convenir con su autor, y esclamar:

¡Oh corte! ¡oh confusion! ¿quién te desea?

Dejé á Madrid, y héme aquí decidido á hacer una vida de filósofo, á la cual siempre he tenido marcada aficion.

—No me parece mal tu propósito; pero la causa que dices le ha motivado podrá ser la inmediata, pero no es la principal. Aglae de Mo nroy ha de tener alguna parte en tu resolucion.

—Es verdad; la amo con delirio; pero una revista me ha convencido que debo olvidarla.

—¿Revista? ¿Qué quieres decir con esa palabra?

—Te lo explicaré. Entre los libros de mi biblioteca hay un grueso volumen sobre cuyo canto se lee este titulo: *Antídoto contra el amor*. Este que parece libro no es sino una caja dentro de la cual ven mas variedad de objetos que en una tienda de quincalla. Todos son recuerdos de pasados amores.

—¿Peregrina ocurrencia! ¿Y para qué te sirve tal museo de antigüedades?

—De muy provechosa enseñanza. Locamente enamorado de Aglae, estaba decidido á decirselo; pero abrí mi instructivo libro y empecé una escrupulosa revista de los objetos que contenia: cuando concluí habia variado ya de modo de pensar.

—¿Poderosos argumentos debe encerrar el *Antídoto contra el amor*!

—Mucho que sí. Lo primero que encontré entre sus increadas hojas, fué una carta de la sensible Lucía. Decíame, la moderna Heloisa, que si un dia la olvidaba se encerraria en un convento, ó pondria término á su cansada vida. Tal vez al escribir esta carta la interrumpió varias veces para asomarse al balcon á ver pasar á cierto doncel que en aquel entonces rondaba su calle. Yo fingi olvidarla, y á los ocho dias estaba jurando constancia al enamorado y callejero galán. Al lado de la sentimental epístola habia una pulsera de Elena. ¡Dulce recuerdo que conmueve y abrasa mi corazon! Elena es bella, muy bella; sus ojos negros, rasgados, voluptuosos, destellan miradas tan suaves como el susurro del aura, mas ardientes que el sueño del poeta. Amé á Elena, la idolatré; pero bien pronto conocí que las sonrisas y las miradas con que alimentaba mi esperanza eran los juegos de un alma que no siente; eran los pasatiempos de una mujer veleidosa. Soñé con un ángel:

Y los sueños, sueños son.

Tan rudo desengaño fué acabando poco á poco mi amor á Elena; pero mi corazón desgarrado perdió la fé, y juró buscar en la indiferencia el remedio de sus males. Por eso huyo de Aglae.

—¡Donoso modo de raciocinar! Julia y Elena no supieron querer; luego todas las demás mujeres serán lo mismo.

—Hay probabilidades de que así suceda.

—Y este vano temor te impedirá gustar los deliciosos éxtasis de una pasión correspondida, esos momentos en que el amor llevado á la sublimidad se confunde con todas las aspiraciones nobles de nuestra alma. Si á esto llamas sueños, fuera preciso dormir toda la vida para no perderlos.

Pared en medio del sitio, donde se verificaba la conversacion que anecede, se hallaban reunidas Aglae y su prima Elisa; esta última decia con tono de dulce reconvenccion:

—¿Sabes, Aglae, que voy á enfadarme contigo? Has venido á L... para vivir alegre, olvidar tus padecimientos, y volver á Madrid encarnada como una amapola, y robusta como una pasciega. Lejos de esto, cada día estas mas triste; parece que gozas ese encanto que los poetas llaman la voluptuosidad del dolor.

—Sí, querida prima, estoy muy triste; la tisis siempre produce este efecto.

—Tú no estas tísica, loquilla; y debes olvidar tan infundada creencia. ¿Se abre la rosa, para morir cuando sus perfumes empiezan á embalsamar la atmósfera? No, Aglae, no; tú viviras, para ventura del afortunado mortal que llegue á poseer tu apasionado corazón.

—¡Mi corazón! Amo á Enrique, le idolatro; y el desden es el premio de mi pasión. En el Teatro Real me demostró un cariño sin límites; después me ha olvidado; sus miradas me han dicho que le soy indiferente.

—¿Le amas mucho, Aglae?

—¿Que si le amo? ¡Ah! solo Dios puede comprender mis locos delirios, mis agitados pensamientos. Mi memoria conserva indelebles sus palabras; su nombre vaga siempre en mis labios; las horas que he estado á su lado han sido para mí momentos de felicidad desconocida.

—Tú no has tratado á Enrique de Aguilar, y acaso no sea digno de tan acendrado cariño.

—Hay un presentimiento en mi alma que no puede engañarme. La blanca y despejada frente de Enrique retrata sus nobles pensamientos; su mirada vaga en el espacio como aspiración del infinito; sus frases amorosas al par que melancólicas revelan un corazón ardiente herido por crueles desengaños. ¡Si Enrique me amase, qué dichosa fuera mi existencia!

Elisa no contestó á su prima; Aglae guardó silencio; después de un rato se dirigió al piano y comenzó á tocar una aria de la Norma, de esa ópera siempre nueva, porque su armonía suave y sentida jamás puede olvidarse.

CAPÍTULO IX.

HAY HORAS QUE SON MINUTOS.

Era una noche de otoño serena y apacible, tranquila. La luna ostentaba su plateado disco, y su tibia luz alumbraba los floridos cuadros de un reducido, si bien cultivado jardín.

Enrique de Aguilar, apoyado en el alfeizar de la ventana de su habitación, admiraba estático la sublime calma, el majestuoso silencio de la creación; ¡menguada muestra del poderío y grandeza del Supremo Hacedor! Enrique pasaba por uno de esos momentos en que (como dicen los metafísicos) el alma tiene el sentimiento de su existencia, porque hay una voz dentro del cuerpo que grita, *yo soy*; uno de esos momentos en que entrevemos los altos destinos para que el hombre fué criado.

De improviso, una encantada armonía interrumpió el silencio de la noche. Enrique prestó atención, y distintamente llegaron á sus oídos las bien combinadas notas de una polka-mazurca; sus ojos se elevaron al cielo con una mirada impregnada de inefable dulzura; sus labios fueron á murmurar un nombre; un oculto dolor oscureció la expresión de su rostro; y bajó la cabeza con triste y pensativo ademán.

Dejóse de oír la polka-mazurca; al poco tiempo sonó de nuevo el piano; una voz argentina comenzó á cantar una romanza italiana, fantástica como una tradición del Rhin, apasionada como una mujer del mediodía.

Aquella música tenía una variedad de tonos infinita; era la armonía de la naturaleza; al lado del robusto cedro la débil florecilla; cerca de la virtud heroica el vicio despreciable.

Palpitaba el corazón de Enrique con desconocida fuerza, y su imaginación seguía anhelosa los inesperados giros del vago canto que le turbaba el reposo de la noche. Dominado por un inefable arrobamiento veía pasar ante su vista las coronas de laurel que ciñen la frente del

genio, la imagen pura de celestial mujer, la virtud siempre grande porque el martirio es su triunfo más glorioso.

Todo habia quedado en silencio. Las últimas notas de la encantada armonía se perdieron en el espacio, cual el lamento del náutico en abandonada playa.

Aglae, pues no era otra la música eantora, cerró el piano, y agitada por tumultuosas emociones fué á buscar en el reposo de la naturaleza dulce tranquilidad para su alma, gratos consuelos para sus penas. De codos en la ventana de su cuarto, rodeada por las verdes hojas de un frondoso emparrado, y alumbrado su pálido rostro por la suave luz de la luna, semejaba la virgen pura del sueño de un poeta. Al verla tan bella, Enrique no pudo dominar sus sentimientos y exclamó con alegre sorpresa:

—¡Aglae! ¿Es una ilusión?

La encantadora niña al escuchar su nombre tan inesperadamente, fué á retirarse de la ventana; pero vió á Enrique, y sin poder articular ninguna palabra, permaneció inmóvil cual si se hallara retenida por secreta fascinación. Enrique guardó silencio algunos instantes; después con tardas frases comenzó á decir de esta suerte:

—En el alma me alegro, Aglae, de encontrar á Vd. ¡Es tanto lo que tengo que decir! Bien conozco que á Vd. le interesará muy poco; pero mi corazón no puede contener por mas tiempo el amor sin fé que Vd. me inspira.

—¿Qué ha dicho Vd., Enrique? Sus frases son para mí un enigma indescifrable.

—No, Aglae, no. Espresso con lisura mis sentimientos. La amo á Vd. con pasión; la triste experiencia me hace temer un nuevo desengaño... quiero guardar siempre puro, siempre santo el recuerdo de Vd. No conteste Vd. á mis palabras; bástela á Vd. saber que la idolatro; mi cariño no puede causar la felicidad de una mujer; el árbol de la desgracia presta sombra á mi vida.

—Poco tiempo podría hacerme infeliz el amor de Vd., Enrique. La palidez de mi semblante, el vivo encarnado de mis mejillas, la dificultad de mi respiración, son claras señales de que una cruel enfermedad, que apaga la mas lozana juventud, pondrá breve término á mi vida.

—¡Morir Vd., Aglae! No es posible, no. Mi vida la infundiría vida, mi mano reanimaría su mano; el cielo no puede permitir se apague la última esperanza que abriga mi corazón.

—Débil esperanza, Enrique! débil esperanza! Un poeta ha dicho con mucha verdad:

Una mujer de menos
Es una flor perdida en cien pensiles;
Un eco solitario en mil cantares;
Entre estrellas sin fin solo una estrella
Es una gota en los inmensos mares.

—La mujer que yo adoro es completamente distinta de las demás; su voz suena cual celestial armonía; su aliento es mas grato que el perfume de las flores; su vida es mi vida; su alma es mi alma. Si, Aglae; si yo pudiese creer que Vd. me amase, la tierra fuera encantado paraíso, la pena jamás nublaría mi frente.

El día comenzaba á clarear cuando Aglae y Enrique abandonaron sus poéticas ventanas, no sin lamentar la brevedad de las horas cuando pasan en sentidas y agradables pláticas.

CAPÍTULO X.

DESENLACE.

Quince días han pasado desde la noche que Enrique manifestó á la bella Aglae los sentimientos que en vano habia tratado ahogar. Desde aquel momento la vida de nuestro héroe se ha transformado completamente; su corazón, ávido de amor, que hacia tanto tiempo no gustaba, se ha consagrado exclusivamente á Aglae, la ha tributado la adoración de la adolescencia y el fuego de la juventud.

Las ventanas de las habitaciones que ocupan están situadas muy cerca: de este modo, cuando la noche tiende su negro manto, y todos se han entregado á las dulzuras del sueño, Aglae y Enrique comienzan sus protestas de cariño, siempre las mismas y siempre nuevas; callan otras veces, y sus miradas suplen con ventaja la palabra, débil para espresar las sensaciones que hondamente conmueven.

—¿Qué triste es, decia Aglae, abandonar la vida cuando nos sonríe la imagen de la felicidad! Te amo tanto, que solo siento la muerte por separarme de tu lado.

—Abandona, querida Aglae, tan melancólicas ideas. Si la palidez cubre tu semblante, también las flores del jardín, hoy mustias y secas, reverdecerán lozanas en la alegre primavera.

—No, Enrique mio, no puedo hacerme ilusiones: mi muerte está cercana. ¿Conservarás de mí algún recuerdo?

—Pregunta mas bien si podría resistir tan intenso dolor. Sin tí, ¿qué fuera mi vida?

—Lo que hasta hace poco ha sido; bella, agradable y divertida.

—No, querida mia; yo he cruzado este mundo como el viajero la llanura abrasada por el sol, donde no halla un árbol que le preste grata sombra, un manantial que apague su sed. A nadie he amado, porque siempre he dudado del amor: en el tuyo creo, porque los ángeles jamás pueden mentir, y tú eres el ángel de mi esperanza, el sueño realizado de mi corazón.

—¿Lisonjero! Cuando muy bien se habla, muy mal se siente.

—¿Por qué dudas de mi cariño?

—Por una razón muy clara.

—¿Dimela.

—No has tenido mucha prisa por llegar hasta mí; prueba evidente de que no me querías.

—Lejos de tí, solo en tí pensaba; siempre que oía la polka-mazurka que tocaba la orquesta del teatro Real la noche que te hablé por primera vez, me parecía estaba á tu lado; cuando se perdía el eco de sus últimas notas, una melancolía indefinible se apoderaba de mi alma. Tu imagen aparecía á mis ojos pura como la luz de la alborada, ardiente como las virgenes de Rafael; solo temía encontrar en tí un corazón mezquino que no comprendiese mi cariño, que me brindase con ese afecto social que tanto dista del amor.

—Ah Enrique mio! en cariño te escedo mucho; siempre he conocido tu carácter noble, generoso, apasionado. Si tú hubieras tenido fé en mi amor; qué felices podíamos ser! Entonces quizá la muerte no terminaría mi vida, ahora que comienzo á gustar la felicidad de amarte.

La enfermedad de Aglae hacia rápidos progresos. Enrique (presentado en casa de Elisa por su amigo Carlos), pasaba casi todo el día al lado de Aglae; pero su voluntad no tenía poder para tornar el carmin á las pálidas mejillas de la poética niña, para volver el brillo á sus apagadas miradas. Por demás triste era el cuadro que presentaba una tierna madre que lentamente veía morir á su hija, y Enrique, que perdía en Aglae la única mujer que amara con fé, la última luz de su moribunda esperanza.

CONCLUSION.

Todos los caminos de la gloria humana
paran en el sepulcro.

Gray.

El último rayo del astro del día alumbra vagamente el paisaje. El cementerio de L... está situado sobre una elevada colina; algunos cipreses, plantados sin concierto simétrico; algunas florecillas silvestres que nacen entre las junturas de las funerarias y pobres losas, todo está despojado de mentidos adornos; es la espresion de la verdad, majestuosa, sencilla. La disposición del terreno permite que desde el centro del cementerio se dominen sus bajas tapias; á la derecha se distinguen las torres y caserío de L...; á la izquierda un horizonte cortado por los montes de una lejana sierra, infunde esos elevados pensamientos que abrasan el corazón sin que el labio pueda espresarlos.

Enrique de Aguilar, cruzados los brazos sobre el pecho, contraído el rostro por intenso, cruelísimo dolor, contempla una sencilla losa sepulcral. Sobre ella hay escrito este nombre: Aglae.

Los ojos de Enrique se elevan al cielo; al través de sus lágrimas brilla una mirada suplicante; sus labios murmuran estas palabras: Dios mio, ¡siempre tarde! No, le dice una voz interior; si el escepticismo no te ciega, verás la virtud y la amarás; te halagará el perfume de la flor, y tendrás fuerza para soportar el dolor que causan sus espinas.

Luis VIDART.

CAZA DE LOS INSECTOS Y MARIPOSAS.

Y MEDIOS DE CONSERVARLOS EN COLECCIONES.

ÚTILES E INSTRUMENTOS.

Los útiles e instrumentos necesarios para formar una colección de insectos de oruga y mariposas, son los siguientes: una especie de manga para coger las mariposas; unas espinzas para coger los insectos de tierra; una red muy tupida para coger los insectos acuáticos; una caja llamada de caza para encerrar las mariposas y los insectos;

otra caja con varias separaciones para guardar las orugas y las larvas; diversas planchas para preparar las mariposas y los insectos; grandes cartones llamados de *conservación* para contener colecciones enteras; una pequeña redoma de aguardiente para conservar diferentes insectos; un microscopio para el examen de los insectos; alfileres delgados y largos, alfileres cortos y gruesos, alfileres medianos, clavados en un acerico ó guardados en un alfilerero, y por último, espinzas, tijeras, planchas de corcho, agujas, hilo y papel blanco.

MANGA Y RED.

L'echiquier ordinaria ó lazo para las mariposas, y *troubleau* ordinario ó lazo para los insectos son muy conocidos. El primero es una simple gasa ó tela muy ligera de diez y ocho á veinte pulgadas de profundidad, puesto en un círculo de latón de nueve á diez pulgadas de largo, el cual está fijo á un palo que le sirve de mango. El segundo es un simple pedazo de malla muy tupida igualmente puesto en un círculo de latón también fijo en un palo. Pero estos dos instrumentos ofrecen el inconveniente, si se quiere llevar los dos á una vez, de necesitar dos palos, cosa muy incómoda en días de caza; y de aquí la necesidad de construirlos de modo que no necesiten mas que un mango para los dos.

A este efecto los dos círculos de grueso y ligero latón estan compuestos de dos medios círculos, los cuales, cuando no se quiere hacer uso de ellos, se repliegan uno sobre otro, estando sujetos por un lado por anillas firmes y entrelazados, y quedando libre del otro cuando estan repliegados en medios círculos, pero sujetas juntas cuando estan abiertas en círculo entero por otros dos pequeños anillos, en los cuales se introduce una junta de hierro que está fija á la estremidad del palo, y que en cuanto entra retiene en círculo los dos medios círculos, por medio de un cilindro que le hace girar sobre el baston. De este modo, segun la necesidad, se pone en la punta del palo el círculo guarnecido de gasa para las mariposas, ó el círculo guarnecido de malla para los insectos, y el otro se repliega en dos medios círculos, liando alrededor la gasa ó la malla, y la forma de los medios círculos les hace mas cómodos para llevarlos, atándolos alrededor del cuerpo con sus cintas. Se puede tambien, cuando se ha concluido la caza, plegar los dos lazos á la vez, y el palo queda convertido en un simple baston.

LAZO PARA INSECTOS.

El lazo llamado *raquetti* para los insectos se parece á un hierro de pecinar; pero en lugar de las dos cabezas que sujetan los papeles, son dos anillas de latón de cinco á seis pulgadas de diámetro, y llena de gasa muy tupida sujeta á sus bordes.

CAJAS DE CAZA Y CON SEPARACIONES.

Las cajas de caza para las mariposas y los insectos, y las cajas con varias separaciones para las orugas, deben ser de carton ó de madera ligera y de forma larga para poder meterlas en el bolsillo. La primera debe tener en el fondo una plancha de corcho de tres líneas de espesor para clavar en ella los insectos y las mariposas; y la segunda debe tener varias separaciones para guardar las larvas y las orugas de diferente naturaleza, y que pueden reñir y aun destruirse.

Para mas precaucion y en caso de una caza abundante se puede llevar en el sombrero una plancha de corcho, para clavar las mariposas y los insectos que no caben en la caja.

PLANCHAS.

En fin, las planchas deben ser de corcho de seis líneas de espesor, y en ellas se hacen varias hendiduras mas ó menos profundas, para contener los cuerpos de las diferentes mariposas que se quieren preparar.

USO DE LOS DIFERENTES LAZOS.

Se hace uso de la manga siempre que se quiere coger una mariposa ó un insecto al vuelo, ó cuando se quiera coger una mariposa que esté parada sobre una flor. Entonces es necesario acercarse por detrás con mucho cuidado, porque la mariposa tiene excelente vista; y si se yerra el golpe por llegar demasiado tarde, en lugar de seguirla, lo que la asustaría mas y la haría irse muy lejos, se debe uno detener un momento, para dejarla posarse sobre otra flor.

Cuando la mariposa está dentro de la manga, se la pica en medio del cuerpo á través de la gasa, teniendo cuidado de conservar sus colores.

(Continuad.)

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO E ILUSTRACION, á cargo de D. G. Athambri.